



**DARWINISMO  
EL FIN DE UN MITO**

Rémy Chauvin

*Ensayo y Pensamiento*

¿Debemos olvidar definitivamente las ideas de Darwin? Lo más importante en una teoría para el científico es que sea eficaz, que inspire experimentos. Es innegable que Darwin es uno de los padres de la biología moderna, pero ¿puede todavía aportarnos algo? ¿Qué lugar ocupa el darwinismo en la biología actual? ¿Puede aún contribuir al progreso de la ciencia?

Algunos defensores acérrimos de esta corriente quieren hacernos creer que el darwinismo lo explica absolutamente todo. ¿No caemos en una tautología al afirmar que la evolución natural existe puesto que las especies actuales han evolucionado? Estas posturas, que ciertos darwinistas defendieron con gran ardor, revelan los límites de las teorías evolucionistas.

En esta polémica obra, el profesor Chauvin ataca un mito. Su ensayo tiene además el mérito de invitar al debate, un debate del que publicaciones como «Science» o «Nature» se alejan prudentemente.

## INTRODUCCIÓN

Esta obra no trata de la evolución propiamente dicha, sino del darwinismo y de sus sectarios. La idea se me ocurrió en una conferencia organizada por un amigo mío, en la que darwinistas y antidarwinistas se enfrentaron con vigor. Hasta entonces, la evolución me había interesado, por supuesto, como a todos los biólogos (la evolución no es una teoría, sino un hecho que observamos constantemente), y con más razón, puesto que originalmente me formé como zoólogo.

Pero las teorías sobre la evolución no me interesaban demasiado. Estaba convencido de que no eran bastante sólidas, de que no sabíamos gran cosa de todo aquello, y de que sería mejor dedicarme a otra cosa. Pero después asistí a aquella conferencia: en ella descubrí un grado de fanatismo que nunca había visto en el mundo científico (no porque no exista, al fin y al cabo no somos más que hombres con todas nuestras pasiones, pero ¡hasta tal punto!). Los insultos reemplazaron a los argumentos: uno de los conferenciantes comparó a los que no creían demasiado en el darwinismo con los que defendían que la Tierra era plana y los relacionó con Hitler, etc. Uno de mis colegas, antiguo alumno mío, me envió una carta furibunda porque le había hecho algunas críticas sobre un libro enorme que con mucho esfuerzo había redactado, sobre la evolución darwinista, por supuesto. Por todo esto, me decidí a analizar el tema con más detenimiento.

Hace tres años me enfrasqué en la lectura de los teóricos del darwinismo, entre los cuales se cuentan algunos de

los autores más aburridos, y me di cuenta de que Darwin matizaba mucho más sus ideas y estaba bastante menos loco que sus rabiosos seguidores. Pero lo que más me sorprendió fue la práctica de un modo de razonamiento inconcebible, que no se utiliza en ningún otro ámbito de la ciencia, y que consiste en considerar hipótesis que han sido tachadas de (y de hecho son) indemostrables como hechos.

¿Qué nos ha sucedido? ¿Por qué algunos colegas (afortunadamente no todos, ni mucho menos) se enfurecen en cuanto alguien toca las hipótesis darwinistas, incluso cuando se reconoce, y yo mismo lo hago, que han sido excepcionalmente fecundas y de gran utilidad para la biología?

En este tipo de situaciones, que suelen producirse en discusiones políticas aparentemente triviales, subyace una motivación emocional que hace que los implicados no discutan realmente el tema en cuestión, sino que se defiendan del interlocutor, de quien sospechan que quiere atacar una opinión personal a la que se aferran por encima de todo.

Efectivamente, éste era el problema, y me convencí de ello con una anécdota que me contaron sobre Dawkins. Dawkins es un biólogo muy digno de aprecio, pero cuando se habla de ciertos temas, como por ejemplo del que ahora estoy tratando, pierde completamente la cabeza. Según esta anécdota, alguien le hizo observar a su mujer que cada vez que se intentaba hablar con él de la evolución, se limitaba a hacer la siguiente pregunta:

—¿Cree usted en Dios?

Si la respuesta era afirmativa, le daba la espalda a su interlocutor.

—Señora —le dijo uno de mis amigos—, su marido parece ser un hombre muy temeroso de Dios.

—No, señor; pero Dios sí que debe de tenerle miedo a mi marido.

Mi amigo se quedó con la boca abierta.

Éste era el fondo de la cuestión, y lo encontré enunciado de forma muy precisa en varios escritos darwinistas.

He aquí la situación: los primeros que se opusieron a Darwin se enfrentaron a él porque sus teorías eran contrarias a la Biblia y llevaban al ateísmo (Gould afirma que esto es completamente falso, y que la oposición se debía sobre todo a la falta de pruebas que apoyara a la teoría darwinista).

Por lo tanto, sólo se puede atacar al darwinismo partiendo de ideas preconcebidas, esto es, desde un deísmo trasnochado y vergonzoso al que hay que dar la espalda; de nada sirve discutir: es una cuestión de tiempo, tarde o temprano la historia se deshará de ese lamentable interlocutor (como decían los adeptos de otra religión, que hace poco tiempo tuvo un triste final). Ahora bien: A) es muy cierto que muchas personas, y en general no se trata de biólogos, se oponen a Darwin por la virulencia antirreligiosa de ciertos darwinistas; B) pero es igualmente cierto que los biólogos que se oponen a Darwin no son creacionistas (el creacionismo es obra de algunos cristianos fundamentalistas, presentes sobre todo al otro lado del Atlántico, y que están por lo menos tan locos como ciertos darwinistas).

## LÍNEAS GENERALES

Por lo tanto, la verdadera razón que explica la aspereza de estas controversias es el antagonismo milenarismo entre materialismo y espiritualismo, de lo que citaré algunos ejemplos extraídos de los libros de Dawkins y Dennett. Sin embargo, podría citar muchos otros. Con esto no quiero decir que todos los darwinistas sean materialistas declarados: conozco a algunos que son muy moderados y razonables; pero, como dice el proverbio, «un loco que grita hace más ruido que cien sabios que callan». Sin embargo, no hay más remedio que responder de vez en cuando a los locos.

No obstante, lo haré brevemente por varias razones: 1) Considero que un debate sobre problemas milenarismo está

viciado de entrada si no nos damos cuenta de que en los tiempos que corren las nociones de materia y espíritu son de lo más oscuras, sobre todo a la luz de la física cuántica: daré un solo ejemplo mediante la comparación de Penrose con Dawkins y Dennett. ¿Estamos seguros de no hallarnos ante dos categorías inventadas por los griegos para plantear con comodidad la controversia? Sin duda, al principio fue muy útil separar «Hyle» y «Nous». Pero las cosas han cambiado mucho, y si el divino Platón renaciera de sus cenizas, sería el primero en admitirlo. 2) Pero además del hecho de que no quiero enzarzarme en una discusión que no me interesa, porque sus premisas están demasiado mal planteadas, insisto en que para un hombre de ciencia ésta no es la cuestión. Somos personas centradas en la práctica, con los pies en el suelo: lo que nos interesa de una teoría es que sea eficaz, que inspire experimentos. Ahora bien (y ya estoy oyendo chillar a algunos fanáticos), ¿reúne el darwinismo todavía estas condiciones? Es innegable que el darwinismo le ha dado un gran impulso a la biología, ¿pero puede Darwin todavía aportarnos algo? Creo que no, y no sólo porque se hayan proferido demasiados disparates y errores en su nombre. 3) Entonces se alza la objeción clásica de los darwinistas: ustedes no quieren saber nada del darwinismo, pero tampoco tienen una alternativa. Mi respuesta es que ése no es el problema. Como dijo un ingenioso crítico, esta objeción equivale a dejar en la cárcel a un hombre que tiene una coartada perfecta con la excusa de que hay que encontrar al verdadero culpable antes de liberarlo. La respuesta es que debemos continuar con nuestro trabajo, esto es, tenemos que seguir investigando. Me parece que desde hace años la convicción de que el darwinismo era la respuesta definitiva ha paralizado la investigación en otras direcciones; me refiero solamente al punto de vista teórico. No se ha considerado la posibilidad de una «nueva nueva-síntesis». Para muchos hubiera sido una blasfemia. Y además, como Kuhn dijo, en la ciencia tiene que

pasar mucho tiempo para que un paradigma suceda a otro, y todo lo nuevo tiene que enfrentarse a una oposición a veces feroz. Hasta tal punto que hoy día no tenemos ninguna alternativa al darwinismo, salvo la de buscar una nueva teoría, cosa que hasta ahora no se ha intentado seriamente.

## SITUACIÓN ACTUAL DEL DARWINISMO

So pena de caer en la trivialidad, no puedo extenderme aquí sobre el darwinismo en general. Fuera del mundo científico, muchas personas que no conocen la teoría la tienen por definitivamente asimilada (algo que sería extraño tratándose de una teoría científica), no se preocupan por sus implicaciones y se conforman con una mirada indiferente.

Es un hecho evidente en los círculos filosóficos y literarios, así como en el mundo de las ciencias humanas. ¿Cómo es posible apreciar, fuera de la biología, si los seres vivos corroboran esta teoría? Por otra parte, ya está todo dicho sobre las sandeces del darwinismo social y las conclusiones que de él sacaron los nazis y otros estalinistas. Con ello podríamos llenar bibliotecas enteras.

De pasada me gustaría señalar que lo más difícil hoy día consiste precisamente en discernir cuál es la doctrina darwiniana pura. Me ha sorprendido encontrar tanta controversia en torno a los puntos más variados, y tantas dudas, incluso a veces en aspectos fundamentales, aun cuando los autores se corrijan, al final, con una reverencia furtiva a Darwin, A este respecto, me parece necesario disipar esta ilusión.

## EL DARWINISMO EN LOS PAÍSES ANGLOSAJONES

Se suele pensar que los darwinistas han obtenido un éxito sin parangón en los países anglosajones; se afirma, y creo que es cierto, que sería imposible publicar un artículo

contra Darwin en *Nature* o *Science*, del estilo del que Schutzenberger consiguió publicar hace poco en *La Recherche*, sin desatar una tormenta de protestas unánimes. Pero aparte de estas dos publicaciones decididamente conformistas, he observado con gran sorpresa que esta aprobación no está tan generalizada como se suele pensar. En esta obra, el lector encontrará numerosos ejemplos de esta actitud, que, aunque nada tiene de nueva, se viene manifestando, a mi parecer, de manera mucho más explícita en los últimos años.

Para observar este fenómeno, basta con leer las críticas de Pyke contra el bastión de los darwinistas más radicales: la sociobiología. La conclusión de su importante estudio, que cita más de doscientas treinta publicaciones, podría resumirse así: «todo esto carece de fundamento puesto que los experimentos se han hecho mal». El lector se dará cuenta de que no exagero con las citas que he extraído del estudio de Pyke.

## SITUACIÓN DEL DARWINISMO EN LA BIOLOGÍA ACTUAL

Por supuesto, es el factor al que más importancia doy. Ahora bien, no es cierto que la mayoría de los biólogos se pasen la vida preguntándose si sus conclusiones son darwinistas o no. Esta pregunta sólo se plantea en publicaciones explícitamente dedicadas a la evolución (o a lo que los darwinistas llaman evolución). Pero en la mayor parte de los ámbitos de la fisiología, de la paleontología e incluso de la genética, nadie se preocupa lo más mínimo por demostrar o desmentir el darwinismo. ¡Bastantes problemas técnicos tienen ya los biólogos como para meterse en embrollos teóricos! Cuando hablamos del tema, la controversia es en realidad bastante blanda, por no decir inexistente. A veces algún colega alude en tono grandilocuente e irónico al «inclusive *fitness*» o a otro concepto parecido: entonces inter-



cambiamos alguna sonrisa y cambiamos de tema. Se podría decir que el darwinismo se ha impuesto de tal forma que ya no se habla de él; pero sería más adecuado observar que a la mayoría de los científicos simplemente no les interesa.

## UNA TENDENCIA HACIA LA SECTA

Anteriormente he descrito la impresión que me produjo ver, por primera vez en mi vida, la tendencia darwinista a la violencia verbal y al insulto. ¿Se puede prever una generalización de esta tendencia, sobre todo en algunos círculos? Creo que sí, y lo comprobaremos leyendo a Dawkins o a Dennett (incluso Monod se acerca a esta tendencia); precisamente por eso les dedico tanta atención: para que no nos acostumbremos a considerar el darwinismo como una teoría corriente. Es mucho más que eso.

Dennett habla de las «peligrosas ideas de Darwin», y las compara con un ácido que corroe sutilmente las antiguas fórmulas y creencias. En efecto, en eso se ha convertido el darwinismo (Darwin no ignoraba que esto terminaría por suceder), y Dennett se alegra de ello porque su ideal es el materialismo puro.

Ahora bien, estas personas están jugando con fuego. Cuando Monod publicó su famoso libro, observé el pánico que invadió a gran número de personas, que vieron cómo se derrumbaban de golpe una serie de ideas, que sin duda eran ingenuas, pero que eran las ideas sobre las cuales habían basado su existencia hasta entonces. Y a cambio no se les ofrecía más alternativa que las hermosas frases de Monod, que les sonaban a hueco, y que efectivamente estaban vacías. Varias veces he tratado de tranquilizarlos, lo que me trae a la memoria las palabras de la Biblia: «Si un hombre te habla en nombre de Yahvé, ¿cómo reconocerás la palabra que Yahvé ha pronunciado? Si lo que dice no se cumple, entonces sabrás que no es la palabra de Yahvé: el

profeta ha hablado por orgullo; no le escuches, no le temas».

Efectivamente, he aquí la situación que ciertos «profetas» indiscretos como Monod, Dawkins y Dennett no se han tomado en serio: una gran parte de nuestros conciudadanos (y en la práctica todos los que no tienen cultura científica, lo cual supone la mayoría, debido al fracaso de nuestra enseñanza) sienten miedo y a veces incluso pánico ante la ciencia, sobre todo por la bomba atómica y por la contaminación. Pero este temor va mucho más allá de estas causas, al fin y al cabo justificadas, puesto que los peligros del átomo y de la contaminación proceden de la ciencia y del productivismo industrial, que a su vez también emana directamente de la ciencia. Cualquier campaña anticientífica encuentra una respuesta inmediata, y esto me asusta.

La verdad es que no nos quieren: algunos de nuestros colegas han dicho demasiadas sandeces que no procedían de la ciencia, sino de sus preferencias filosóficas personales. Si es cierto que la ciencia crea una imagen insoportable del mundo, si le quita todo su sentido a la vida (y ésta es ciertamente la conclusión a la que lleva el libro de Monod y que después han abrazado Dawkins y Dennett), ¡suprimamos la ciencia! Es muy fácil: basta con reducir los créditos que se conceden a los laboratorios.

¿Es imposible, poco eficaz? ¿De verdad? Supongamos que el gobierno tiene problemas financieros y decide reducir la partida presupuestaria asignada a la investigación (lo que de hecho hace). ¿Cree usted que una procesión de científicos reivindicando fondos despertaría la emoción de los ciudadanos? ¿Debemos volver al viejo creacionismo para tranquilizar al pueblo?

Por supuesto, sería completamente absurdo, sobre todo porque el creacionismo no explica nada, no es más esclarecedor que el darwinismo, como veremos más adelante. Pensar que Dios ayudó personalmente a *Ichthyostega* a salir del océano y pasar al devónico no nos lleva a com-

prender lo que sucedió. Sin embargo, esto es lo que la ciencia desea por encima de todo: comprender el mecanismo interno y fisiológico que provocó este fenómeno.

En realidad, los creacionistas actuales proceden de una de las corrientes teológicas más ingenuas, a la cual la religión ha renunciado desde hace tiempo. En la teología moderna, la materia depende del Dios creador, pero Dios no depende de la materia. El acto creador en sí está rodeado de un profundo misterio, y si Dios bajara a explicárnoslo estaría perdiendo el tiempo, porque no seríamos capaces de entenderlo. Dios es el origen de los mecanismos sublimes que intentamos desentrañar, y lo poco que llegamos a entender nos deja sumidos en la admiración. Sin embargo, el origen sigue perdido entre las brumas, y diría incluso, recogiendo las ideas de Pascal, que «el misterio eterno de estos mecanismos infinitos me asusta».

Lo que debemos hacer es investigar, tratar de entender. Y olvidar el orgullo. Todavía sabemos muy poco: no lo suficiente como para vaticinar y pretender como hacen los darwinistas, que ya lo entendemos todo, o lo que es lo mismo, que tenemos la teoría definitiva. ¿Qué tenemos que decir? La verdad, evidentemente, pero templada con la prudencia, que nunca debe abandonar al científico para dejar paso al orgullo.

Volviendo a lo que decía anteriormente, refiriéndome a los que no nos quieren, ¿no me da la razón el impulso fabuloso y a la vez deplorable que está experimentando el creacionismo en Estados Unidos? ¿Se explica este fenómeno por el miedo al Vacío, provocado por tantas declaraciones precipitadas? ¿Es razonable afirmar como Dawkins que «el darwinismo permite, partiendo del todo, explicarlo todo»? ¿Ven ustedes el peligro que representa exhibir de esta forma un necio orgullo?

## RESUMEN DE LA ARGUMENTACIÓN

Empiezo por analizar el estado de la cuestión en la biología: no es tan favorable como se dice, y las teorías darwinistas se discuten cada vez más, no sólo en Francia, sino también en el mundo anglosajón.

- a) No nos enfrentamos a una teoría biológica en sentido estricto, sino a un ataque del materialismo contra el «creacionismo», o más bien contra el espiritualismo, a pesar de la inconsistencia de ambos términos. Es algo evidente para muchos científicos.
- b) Insisto sobre el famoso «círculo vicioso» o «tautología» del darwinismo, que hasta la fecha no ha sido corregido. El principal defecto del darwinismo es de orden lógico.
- c) La teoría que pretende que la selección natural corrija los «defectos» de los organismos nos lleva al finalismo más trasnochado.
- d) El problema central es el de la medida: no es posible medir ni la selección, ni la adaptación; a menudo ni siquiera es posible medir el aumento de una población con exactitud.
- e) Los darwinistas parecen haberse dado cuenta, aunque no lo dicen, y pretenden poder proceder a demostrar la teoría mediante las consecuencias que se pueden extraer de ella; éste es el sentido de la sociobiología, según la cual la selección incide sobre el comportamiento o la fisiología y elimina los dispositivos menos eficaces. De esta forma, la selección habría de desembocar prácticamente en la perfección. Pero, a pesar de su fecundidad, la sociobiología se basa sólo en experimentos mal hechos; las predicciones que pretende formular son ingenuas o inventadas (altruismo, inversión parental, alimentación óptima, etc.).
- f) Algunos problemas fundamentales, como el de la coevolución, quedan sin explicación.
- g) La paleontología está muy lejos de apoyar las tesis del gradualismo darwiniano y no permite en ningún caso

- que se extrapolen los resultados de experimentos que sólo se han realizado a lo largo de algunos meses a las magnitudes de millones de años de las eras geológicas.
- h) En cuanto a la genética, condena el error que se ha producido durante años y que se sigue produciendo y que consiste en asignar ingenuamente un carácter determinado a un gen determinado. Es inútil esconder el hecho de que la genética en la que tanto han confiado los darwinistas va a obligarles en un futuro muy cercano a cambiar por completo sus puntos de vista sobre la evolución.
  - i) Conviene volver sobre el problema basándose más en la fisiología que en teorías que son totalmente indemostrables. El estudio fisiológico de los pancrónicos, o mejor aún, de los animales que están evolucionando ahora mismo, bajo nuestra mirada, como por ejemplo el perioftalmo, sería mucho más productivo; pero ni siquiera se ha esbozado.

Me gustaría aquí dar las gracias a los profesores Louis David, Rosine Chandebois y Gilles Eric Seralini, así como a mis amigos Jean Staune y Jacques Beau, que han repasado el texto y han realizado críticas que me han sido de mucha utilidad. A pesar de ello, si hubiera quedado algún error, asumo toda la responsabilidad.

## FUENTES

Debo destacar algunas de las fuentes que más me han impresionado (positiva o negativamente).

Algunas de las obras que me han resultado de mayor utilidad han sido las de Denton, Sermonti y Fondi. Por supuesto, también he consultado las innumerables obras de Gould, en las que se puede encontrar genio, talento y fluidez (e incluso palabrería). Es un espíritu brillante que, en

Estados Unidos, patria del conformismo darwinista, ha tenido la osadía de formular ideas e hipótesis blasfemas muy divertidas. Se le puede criticar pero sin negar que se le cita en todas partes.

Me refiero a Delsol y a su enorme tratado de más de seiscientas páginas con cierta virulencia. Lo he leído y anotado, pero de esta lectura me ha quedado un regusto amargo: es inconcebible redactar semejante obra, testigo de una erudición zoológica fuera de serie, sin un índice lo suficientemente explícito, y lo que es peor, sin índice alfabético. Esto me ha hecho perder más tiempo del que era necesario y, sobre todo, sin duda ha causado varios olvidos y malas interpretaciones. Esta obra es una auténtica mina desde el punto de vista zoológico, pero también es un testimonio muy ingenuo a favor del darwinismo. Sobre este punto, a veces Delsol parece incluso superar a Dawkins.

Quizá muchos lectores se sorprendan porque he hecho hincapié sobre el concepto que los informáticos tienen de la evolución: es cierto que muchas veces tienen ideas ingenuas, pero en ciertos casos quizá sean geniales. Lo que dicen sobre los programas y sus propiedades de autodesarrollo me parece absolutamente fundamental.

Me gustaría aquí rendir homenaje a mi maestro Grassé y a sus ideas, en memoria de los largos años que hemos pasado debatiéndolas juntos. Tenía sus defectos, como todo hombre en este mundo, y a veces su terquedad alcanzaba puntos insoportables. Pero llegó a realizar una proeza irrepetible: había asimilado prácticamente toda la zoología, hasta tal punto que comenzó a preparar su ilustre *Tratado de Zoología*, el único que existe; llegó incluso a sustituir de improviso a un autor que por motivos de salud no podía seguir adelante y redactó él mismo los tomos para los que no encontró redactor. Ciertamente es que a veces dio su opinión sobre biología molecular o genética, materias que no conocía tan bien (y que muchos de sus enemigos dominaban), pero cuando Grassé da su opinión sobre la evolución, como zoó-

logo, merece ser escuchado: me atrevo a decir que nadie conoce mejor que él la evolución animal en su conjunto.

Esta obra trata menos de la evolución que de los darwinistas y del darwinismo, esto es, demasiado a menudo del descubrimiento de un fanatismo. La razón profunda se encuentra en el antagonismo entre materialismo y espiritualismo, sobre el que no me extenderé demasiado, puesto que estos términos están anticuados y no son adecuados a la luz de la ciencia moderna. La cuestión es determinar si el darwinismo es todavía útil para la biología. No tiene un papel tan importante en las ciencias naturales como a menudo imaginamos.